

á la magnanimidad de Su Majestad el emperador de los franceses, que en el curso de las negociaciones que sobre este punto han tenido lugar, se ha mostrado constantemente animado de un espíritu de lealtad y de una benevolencia, cuyo recuerdo conservaré siempre en mi memoria.

»Por otra parte, el augusto jefe de mi familia ha consentido en que yo tome posesion del trono que se me ofrece.

»Ahora, pues, puedo cumplir la promesa condicional que os hice seis meses há, y declarar aquí, como solemnemente declaro, que con la ayuda del Todopoderoso acepto de manos de la nacion mejicana la corona que ella me ofrece. Méjico, siguiendo las tradiciones de ese nuevo continente lleno de fuerza y de porvenir, ha usado del derecho que tiene de darse á sí mismo un gobierno conforme

1864. á sus votos y á sus necesidades, y ha colocado
Abril. sus esperanzas en un vástago de esa casa de Hapsburgo que hace tres siglos trasplantó en su suelo la monarquía cristiana. Yo aprecio en todo su valor tan alta muestra de confianza y procuraré corresponder á ella. Acepto el poder constituyente con que ha querido investirme la nacion, cuyo órgano sois vosotros, señores, pero solo lo conservaré el tiempo preciso para crear en Méjico un orden regular, y para establecer instituciones sabiamente liberales. Así que, como os lo anuncié en mi discurso del 3 de Octubre, me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego como la pacificacion del país se haya conseguido completamente. La fuerza de un poder se asegura, á mi juicio,

mucho mas por la fijeza que por la incertidumbre de sus limites, y yo aspiro á poner para el ejercicio de mi gobierno, aquellos que sin menoscabar su prestigio, puedan garantizar su estabilidad.

»Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden: yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo.

»No desplegaré menos vigor en mantener siempre elevado el estandarte de la Independencia, ese símbolo de futura grandeza y de prosperidad.

»Grande es la empresa que se me confia, pero no dudo llevarla á cabo confiando en el auxilio divino y en la cooperacion de todos los buenos mejicanos.

»Concluiré, señores, asegurando de nuevo, que nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al monarca ilustre cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneracion de nuestro hermoso país.

»Por último, señores, os debo anunciar que antes de partir para mi nueva patria, solo me detendré el tiempo preciso para pasar á la Ciudad Santa á recibir del Venerable Pontífice la bendicion tan preciosa para todo soberano, pero doblemente importante para mí que he sido llamado á fundar un nuevo imperio.»

1864. El presidente de la diputacion mejicana
Abril. replicó diciendo: «Poseidas de una emocion sin igual y penetrados de inefable gozo, recibimos, señor, el solemne *Si* que acaba de pronunciar vuestra majestad. Esta aceptacion plena y absoluta, tan ardientemente deseada y con tan vivo anhelo expresada, es el feliz preludio, y

debe ser, con la ayuda de Dios, la prenda segura de la salvacion de Méjico, de su próximo renacimiento y de su futura grandeza. En igual dia elevarán al cielo nuestros hijos, acciones de gracias por esta redencion verdaderamente prodigiosa. Réstanos, por último, señor, un deber que cumplir: el deber de poner á vuestros piés el amor de los mejicanos, su gratitud y su homenaje de fidelidad.»

Pronunciadas estas últimas palabras, se presentó el abad mitrado de Lacroma, Monseñor Jorge Rachich, con mitra y báculo, acompañado de Fray Tomás Gomez, del orden de San Francisco, del doctor D. Ignacio Montes de Oca y de otros dos eclesiásticos, para presenciar el juramento que iba á prestar en aquel momento el archiduque Maximiliano. Con efecto, no bien se presentó el expresado abad mitrado, cuando el archiduque pronunció el juramento en esta fórmula: «Yo, Maximiliano, emperador de Méjico, juro á Dios por los santos evangelios, procurar por todos los medios que estén en mi alcance, el bienestar y prosperidad de la nacion, defender su inpedencia y conservar la integridad de su territorio.»

Acto continuo de haber prestado este juramento, fueron saludados tres veces el archiduque y su esposa al grito de «¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!» dado por el presidente de la diputacion mejicana D. José María Gutierrez de Estrada, y repetido con ardiente entusiasmo por toda la concurrencia.

En el momento en que el archiduque Maximiliano prestó el juramento, se izó en la torre del castillo de Miramar el pabellon mejicano, que fué saludado por la fragata de guerra *Bellona* de la marina imperial y real aus-

triaca, con veintiun cañonazos, saludo que fué contestado por el castillo de Trieste y por la fragata de guerra francesa *Themis*.

Terminado el acto de la aceptacion oficial, el archiduque y su esposa, así como todos los que se hallaban en la sala, se retiraron á esperar la hora señalada para el *Te-Deum*. Llegado el momento, la comitiva pasó á la capilla del castillo, donde estaba dispuesto que se verificase, y el archiduque asistió, llevando ya la placa y la banda de la orden mejicana de Guadalupe.

Oportuno juzgo para dar á conocer las cualidades que distinguian al augusto personaje que acababa de ser aclamado emperador de Méjico así como á su hermosa cónyuge, presentar algunas noticias biográficas que retraten su carácter.

Fernando Maximiliano José, nació en el magnífico palacio de la ciudad de Schoenbrun, cerca de Viena, el 6 de Julio de 1832. Al aceptar, pues, la corona de Méjico, tenia treinta y dos años de edad. Fueron sus padres el archiduque Francisco Carlos, y la archiduquesa Sofia, Federica Dorotea, hija de Maximiliano I, rey de Baviera. Pertenece el nuevo emperador de Méjico á la casa de Hapsbourg-Lorena. Tenia varios hermanos, Francisco José que era el emperador de Austria; Carlos Luis, y María Anunciata, princesa de las dos Sicilias. Maximiliano recibió su primera educacion en Viena. Destinado desde ^{1864.} Abril. muy niño á la carrera de la marina, como se habia hecho ya con otro individuo de la familia imperial, muerto en la flor de su edad, fué menester que á sus estudios generales, añadiese la teoría y la práctica de la

penosa cuanto brillante profesion referida. A los diez y ocho años de edad recorria ya la Grecia, con el vivo interés que despertaba en su ardiente imaginacion aquel país cuna de la civilizacion del antiguo mundo y patria de Platon, de Aristóteles, Jenofonte, Demóstenes, Tucídides, Homero, Sófocles, Apeles, Fidias y otra larga série de hombres ilustres en ciencias, letras y artes con que se honra la humanidad. Despues de recorrer la Grecia, visitó la Italia, la España, el Portugal, la isla de Madera, Tánger y la Argelia, adquiriendo en todos estos viajes vastos conocimientos que enriquecieron su inteligencia. En 1854 exploraba el litoral de la Albánia y la Dalmácia en la corbeta *Minerva*, de que era comandante, y durante esa expedicion recibió el nombramiento para el mando superior de la marina, que le obligó á trasladarse inmediatamente á Viena.

En el verano de 1855 salió de Trieste, á bordo del navío almirante *Schwarzenberg*, mandando una escuadra compuesta de diez y siete buques. Dirigióse á Candia, isla la mas considerable del archipiélago griego, y visitó á Beiruth y el monte Líbano, recorriendo las costas de la Palestina. «Muchos ilustres peregrinos,» dice uno de sus biógrafos, (1) «le habian precedido á Jerusalem, á donde le llevaron su acendrada piedad y el atractivo de los grandes recuerdos, siempre vivos en aquel suelo sagrado, donde dejó abundantes muestras de su munificencia. Todo lo examinó minuciosamente; recogió de todos los Santos Lu-

(1) El mejicano D. José María Gutierrez de Estrada, presidente de la diputacion mejicana que le ofreció la corona.

gares tesoros inestimables para un corazon verdaderamente cristiano, los trajo consigo y los conserva con la veneracion de una fé viva y ardiente. En Egipto visitó el Cairo, las Pirámides y Memfis. Dotado de un entendimiento elevado y práctico al mismo tiempo, hizo el viaje á Suez, á fin de apreciar por sí mismo y con exactitud las grandes obras de canalizacion comenzadas ya. En seguida, atravesando de nuevo el desierto, volvió á Sicilia.

«El año de 1856 lo empleó el infatigable archiduque en sus excursiones por la Alemania septentrional, por Bélgica y Holanda, despues de haber visitado la Francia, y recibido durante quince dias la hospitalidad del emperador en Saint-Cloud, donde se formaron entre ambos príncipes las mútuas relaciones de estimacion y afecto. En 1857 recorrió el Rhin, la Lombardía y la Italia central; pasó luego á Inglaterra, y de allí, por segunda vez, á Bélgica.»

1864

Abril.

En este hermoso país le esperaba el complemento de su felicidad; el enlace con una princesa no menos notable por sus virtudes que por su belleza. Con efecto, el 2 de Julio del mismo año de 1857, el conde Arquinto, embajador de Austria, habia pedido para el archiduque Maximiliano, en audiencia secreta, á Leopoldo I, rey de los belgas, la mano de la princesa María Carlota Amalia, hija suya y de la princesa Luisa de Orleans. Tenia entonces el archiduque veinticinco años, y la hermosa princesa, diez y siete. Verificado el matrimonio el 27 del expresado mes de Julio, partió poco despues el feliz esposo con su augusta compañera para Sicilia, el Mediodía de España, las islas Canarias y Madera. La ar-

chiduquesa fijó su residencia en esta ciudad durante el invierno, en tanto que Maximiliano, anteponiendo á todo su deber, se embarcaba para el Brasil, tocaba en los puntos de escala mas importantes, y cuando hubo llegado al Nuevo-Mundo, hizo en sus espesos bosques excursiones no menos interesantes que arriesgadas.

«Cuantas luces y experiencia es dado adquirir con el estudio comparativo de usos y costumbres diferentes, de países distintos, de instituciones y leyes diversas,» dice el biógrafo que cité anteriormente, «todo lo aprovechó el archiduque en sus viajes y fecundas exploraciones, aplicando su inteligencia superior al exámen filosófico de todo lo que se le presentaba. Así completó su educacion de marino y de príncipe, antes de volver á sentarse en las gradas del trono; y así adquirió nociones claras y profundas sobre el curso de los acontecimientos humanos y la marcha de los gobiernos y de las sociedades modernas. El mando superior de la marina, lejos de ser para este príncipe un nuevo cargo honorífico, fué mas bien un medio eficaz para acometer árduas empresas y plantear reformas provechosas.»

No bien se inició la idea de la canalizacion del istmo de Suez, cuando en el instante marchó allá, no como simple observador, sino como inteligente y eficaz cooperador de esa obra grandiosa que la historia del siglo actual registrará en sus páginas como una de las mayores glorias de la humanidad hecho en servicio de ella.

Conociendo el emperador de Austria no solo el mérito de los servicios de su hermano Maximiliano prestados á la corona, sino su elevada capacidad, le confirió en 1857 el

empleo político y militar del reino Lombardo-Véneto, conservando al mismo tiempo el mando superior de la marina. El archiduque desempeñó este cargo con no menos celo que feliz éxito, logrando hacerse amar de sus gobernados por su carácter conciliador y sus sentimientos generosos, no obstante las difíciles circunstancias porque atravesó entonces aquella parte de la Italia.

Haciendo cuanto es dable á un gobernante por el bien del pueblo que se le ha encomendado, continuó Maximiliano desempeñando el vireinato de Lombardo-Véneto, hasta 1858, en que el emperador su hermano Francisco José dispuso que dejase aquel cargo, poco tiempo antes de estallar la guerra entre Austria, Francia é Italia.

Retirado el archiduque Maximiliano del gobierno de Venecia, fué á vivir á Miramar, de donde únicamente salia cuando era indispensable asistir á algun acto oficial de la corte de Viena, pues en el retiro de su pintoresco castillo encontraba el verdadero placer, dedicándose casi exclusivamente al estudio de las ciencias y de las artes, que siempre encontraron en él un ardiente y generoso promovedor.

1864.

Abril.

Si en su carrera y su vida política habia llenado cumplidamente sus deberes conquistándose el aprecio de la generalidad, como hombre privado no se hizo menos digno del respeto de la sociedad, pues supo sostener siempre á grande altura su reputacion. Sus inclinaciones modestas, sus costumbres puras y el horror que tuvo al vicio, desde sus primeros años, hicieron de él un modelo de esposos, no pudiéndosele atribuir ninguno de esos devaneos que nunca debieran existir en los hom-

bres que, por su elevada posición social, se hacen objeto de las miradas de la sociedad entera, cualesquiera que sean las instituciones que rijan. Maximiliano hablaba seis lenguas con gran facilidad y corrección.

En armonía con sus relevantes prendas morales se hallaba su parte física. Maximiliano era alto, de esbelto cuerpo, perfectamente formado, y su personal prevenía inmediatamente en su favor de un modo irresistible: su frente era espaciosa y tersa, en que se estaba revelando la clara inteligencia y las sublimes ideas de una imaginación fecunda en pensamientos nobles: ojos grandes, azules, en cuya dulce y bondadosa mirada se leía el fondo de una alma generosa, magnánima y compasiva: su cabeza, de una perfección notable, denotaba nobleza y lealtad: su cutis era blanco y terso, y en la expresión de su rostro se reflejaba la hidalguía, la bondad y los afectos más nobles que puede atesorar el alma de un hombre. A dar mayor realce á su rostro agradable y varonil, contribuía su hermosa patilla rubia, suave, perfectamente peinada, cuyas dos largas puntas caían con gracia á uno y otro lado.

María Carlota Amalia, esposa de Maximiliano, nació el 7 de Junio de 1840. Hija de Leopoldo I, rey de los belgas y de la princesa Luisa de Orleans, recibió la esmerada educación que correspondía á su elevado rango, y pronto se hizo admirar no menos por su talento que por su hermosura y virtudes. La bella archiduquesa, tenía, pues, al haber aceptado su esposo el trono de Méjico, veinticuatro años de edad, y se hallaba, por decirlo así, en el apogeo de su hermosura y de su clara inteligencia. «Si en lo físico le había prodigado la providencia las gracias

mas exquisitas, en lo moral la había adornado de aquella hermosura inestimable que solo puede dar la virtud. Una suma sencillez unida á una majestad natural; una instrucción acabada, vasta y sólida, junta con todas las dotes de una alma elevada; una caridad inagotable: tales son las dotes que todos admiraban ya en la joven esposa. Un mérito tan sobresaliente no pudo ocultarse á la penetración de los italianos; así es que al hacer el archiduque su entrada solemne en Milan el 16 de Setiembre de 1857, saludaron llenos del más vivo entusiasmo á la princesa que el cielo les había deparado.» Estas son las palabras con que Don José María Gutierrez de Estrada, retrata á la archiduquesa Carlota cuando esta contaba diez y ocho años de edad.

1864.

La capacidad y los sentimientos morales de la augusta esposa de Maximiliano se ven expresados en las páginas de dos libros escritos por ella, titulado uno, *Recuerdos de viaje á bordo de la Fantasia*, que comprende un período de dos años, desde el verano de 1858 al de 1860; y el otro titulado *Un invierno en Madeira*, escrito también en el mismo período. En ambas obras no tuvo otro objeto la archiduquesa Carlota, que referir las impresiones y las observaciones que, en el curso de los varios viajes marítimos en que acompañó á su esposo en el desempeño de su encargo de comandante superior de la marina austriaca, las hizo, como dejó referido. En ambas obras reina un estilo de admirable sencillez que cautiva. Esos recuerdos de viaje abundan en noticias curiosas, y están llenos de observaciones oportunas y profundas que revelan la variada instrucción y los bellos sentimientos del alma de la autora.

Los puntos recorridos y descritos por la archiduquesa en su primer volumen son Ancona, varios puertos de la Calabria, las islas Jónicas, otras del Adriático, las costas de la Istria y de la Dalmacia, ofreciéndose, de consiguiente, una infinita variedad de paisajes, y, sobre todo, de costumbres, que si llamaron la atención de la que los describía, no deja de inspirar su relación menos interés en los lectores.

La princesa Carlota deja conocer sus tiernos sentimientos católicos desde el momento de la partida para Ancona, que fué su primera excursión. Sabido es que en ese punto se venera, en el santuario de Loreto, la humilde casa donde la Virgen María recibió la visita del ángel ó la *Anunciación*. Pues bien, la archiduquesa Carlota, llena de sentimiento religioso exclamó al embarcarse: «¡Feliz pensamiento el que nos condujo el día del aniversario de nuestro casamiento, al santuario agosto donde empezó la redención del mundo!» En otra parte, refiriéndose á la *Capilla Palatina* en que recibió el agua del bautismo su amorosa madre, dice: «Es uno de esos lugares deliciosos que hablan al corazón, al alma, á la imaginación y donde el prestigio de la casa de Dios es revelado por todo lo que la mano del arte tiene de encanto y de poesía. Al entrar, me sentí conmovida y trasportada.»

Hablando de los pueblos musulmanes que pudo observar en sus excursiones, se expresa así: «Se halla uno trasportado, como por encanto, en medio de las costumbres orientales, y parece que la vista penetra en un mundo nuevo, en esta sociedad tan diversa de la nuestra, tanto por su odio al progreso y á la civilización, cuanto por esa

apatía característica con la cual atraviesa los siglos sentada sobre ruinas.»

Al describir en otra parte de su obra el interesante y risueño paisaje de la Calabria, manifiesta de esta manera el disgusto que su alma experimentó á la vista de los signos de la desidia y de la pereza de sus habitantes: «Una sola mancha empaña esta bella escena, y es vergonzoso decirlo: era el aspecto de la humanidad representada por una población andrajosa, por mendigos de un aspecto innoble y repugnante, que parecen no estar allí mas que para oscurecer las maravillas de la creación con el espectáculo de una miseria abyecta que anuncia la degradación y hace callar la piedad.»

1864.

Abril.

No hay una sola página del libro que no esté enriquecida con alguna observación profunda y oportuna, en que al lado del mas puro sentimiento moral, se descubre un claro criterio. Voy á citar un trozo que reúne ambas condiciones. Refiere que visitando el *convento del Lago* un sacerdote jesuita, único habitante de él, recibió á los augustos viajeros: «Es polaco,» añade, «y formó parte de la antigua emigración de Polonia. Hablando con él, no pude menos de hacer una comparación con el franciscano de la víspera, que me habia parecido demasiado sencillo. El resultado del paralelo fué en favor de los jesuitas, pues me parece que una orden compuesta de hombres ilustrados, hace mirar la religión bajo un aspecto infinitamente mas elevado y mas de acuerdo con nuestra época, en la cual se desea hallar la piedad unida á la ciencia.»

En el segundo volumen intitulado *un invierno en Ma-*

dera, empieza y acaba hablando de España, con un afecto, interés y entusiasmo notables. «¡La España!» exclama: «¡Ese nombre mágico que recuerda todo lo que hay de grande, de noble, de poético, de caballeresco!»

Al avistar las costas de Andalucía, la archiduquesa Carlota arrebatada de entusiasmo, dice: «Jamás he visto semejante riqueza de matices fundidos entre sí con tan notable armonía. Olvídase la aridez de la roca para contemplar solamente los mil atractivos con que el sol de Mediodía ha sabido adornarla, y que hacen sobresalir aun mas las crestas nevadas que la coronan con una diadema brillante.»

Después de haber visto la hermosa viajera y su esposo desde el mar la pintoresca Almunecar con *sus casas blancas sembradas sobre un tapiz de verdura*, luego Torrox y Velez-Málaga, llegaron á Málaga, donde fondearon. Si el aspecto exterior de la costa sorprendió á la hermosa y entusiasta princesa, no encontró menos interés en lo que observó al hacer sus excursiones por la ciudad: «Allí,» dice, «no reina esa confusión ruidosa de la Sicilia y del Mediodía de Italia. Por todas partes dignidad, grandeza.» Gratamente sorprendida de la noble actitud de los andaluces, embozados majestuosamente en sus capas, exclama: «¿Quién hubiese creído al ver esos hombres de elevada talla y marcha elegante, que eran hombres del pueblo? Pero esa palabra carece de sentido en España, donde hasta el mendigo parece un caballero.»

Hablando el abate Domenech de la ilustre princesa Carlota cuando ya su esposo Maximiliano habia aceptado la corona de Méjico, se expresa así: «La emperatriz

Carlota ha debido nacer con la corona imperial sobre la frente. Su aspecto noble y majestuoso indica á primera vista la soberanía; sus ojos expresivos é inteligentes, revelan los grandes pensamientos. Es buena y generosa, y tiene compasión y consuelo para todos los infortunios.»

La joven soberana que muy en breve debia dejar su pintoresco y hermoso palacio de Miramar para ir á habitar el de la capital de Méjico, era, como ya tengo referido en otra parte de esta obra, alta, llena de expresion y de gracia; de ojos negros y grandes, llenos de inteligencia y de vida; de nacarados labios y perfecta boca; dentadura blanquísima y menuda; frente despejada y pura, cuello alabastrino, pecho levantado, y de aire majestuoso.

No podian ser mas relevantes las cualidades que distinguian á los augustos consortes que iban á ocupar el trono de Méjico. Jóvenes ambos, de hermosa presencia, de generosos corazones y de clara inteligencia, todos auguraban un éxito feliz á la empresa que acometian.

1864.

Abril.

El mismo dia 10 de Abril en que Maximiliano aceptó la corona, empezó á ejercer sus funciones de emperador de Méjico, expidiendo varios decretos. En uno de ellos, nombró ministro de Estado á Don Joaquin Velazquez de Leon; por otro aprobó el restablecimiento de la Orden de Guadalupe, en la cual dispuso que hubiera cinco clases de caballeros, que eran: 1.º Grandes Cruces; 2.º Grandes Oficiales; 3.º Comendadores; 4.º Oficiales, y 5.º Caballeros. Al presidente de la diputacion Don José María Gutierrez de Estrada, dió la Gran Cruz; y á D. Francisco de Paula de Arrangoiz, D. Ignacio Aguilar, Don José Hidalgo, Don Tomás Murphy, Don